

estremecidas. Una dijo, al enterarse de que la historia estaba terminada:

—Pero, ¿no hay un desenlace, una explicación?

Y el juez, sonriendo con severidad, repuso:

—No quisiera yo, señoras mías, destruir con suposiciones el efecto que produce á ustedes la fantasía misteriosa del suceso. Yo, sencillamente, imagino que el hombre á quien pertenecía la mano clavada, no estando muerto, fué á recogerla, vendiéndose. ¿Cómo lo hizo? Eso ya no lo sé.

Una de las que le oían, murmuró:

—No es posible; alguien le hubiera visto.

Y el juez, sonriendo siempre, dijo:

—Ya sospechaba yo que no convencería mi solución.



EL DESHEREDADO

I

HABÍA conocido tiempos más felices, á pesar de su miseria y de su desventura.



A los quince años, un coche le rompió las dos piernas. Desde entonces pordioseaba constantemente, arrastrándose por

los caminos y por las calles, balanceado por sus muletas, que le habían levantado los hombros hasta las orejas. Su cabeza parecía hundida entre dos

montañas. Expósito, encontrado en una zanja por el cura de Billeter la víspera del día de difuntos, fué bautizado por este motivo con el nombre de Nicolás Todos los Santos; mantenido por la caridad, permaneció extraño á toda instrucción, lisiado después de haber bebido unas copas de aguardiente—ofrecidas por un panadero para emborracharle y reirse un poco del infeliz—, y desde entonces, vagabundo, sin medio alguno para ganarse un pedazo de pan, sólo sabía tender la mano.



II

EN algún tiempo, la baronesa de Avary le consentía que durmiese metido en una especie de nicho, lleno de paja, junto al gallinero, en la masía más próxima de su residencia señorial; allí estaba seguro de hallar en los días de hambre un pedazo de pan y un vaso de vino. Con frecuencia recibía también algunos céntimos, arrojados por la ilustre señora desde lo alto de la escalera ó desde una ventana. Pero al morir la baronesa todo acabó.

En los pueblos apenas le socorrían, viéndole demasiado; aburrió á las gentes paseando sus andrajos y sus muletas y su cuerpo deforme, durante cuarenta años, por toda la comarca. Sin embargo, él no se iba, por no conocer sobre la tierra más que aquel rincón, aquellos tres ó cuatro caseríos donde arrastró su vida miserable. Había puesto fronteras á su mendicidad, y nunca hubiera rebasado sus límites.

Ignoraba si el mundo se extendía más allá de los

árboles que siempre limitaron su horizonte. Ni lo pensó jamás. Y cuando los campesinos, hartos de verle siempre junto á sus labores ó metido en las zanjias, le decían: «¿Por qué no vas á otros pueblos en lugar de arrastrarte siempre aquí?», alejándose, no respondía, sobrecogido por un confuso temor á lo ignorado, un temor de miserable á quien todo espanta: los rostros desconocidos, las miradas recelosas de los transeuntes y los gendarmes que van de dos en dos por los caminos, á los cuales huía por instinto, hundiéndose, para evitarlos, entre las malezas ó detrás de las rocas.

Al verlos á distancia, relucientes bajo el sol, cobraba de pronto el miserable una agilidad de monstruo que le permitía buscar al punto un escondrijo. Se descolgaba de sus muletas, dejándose caer como un harapo; y haciéndose una bola, reducíase, como una liebre recogida en su cama, confundiéndose con la tierra.

Nunca tuvo que ver con ellos; pero no le abandonaba su temor, como si lo llevara en la sangre, como si lo hubiera recibido en herencia de sus padres, á los que no conoció nunca.



III

No tenía refugio, ni techo, ni cabaña, ni abrigo. Dormía en cualquier parte; en invierno y en verano se deslizaba en los pajares y en los establos con una destreza notable, y escapaba siempre antes de que notase alguno su presencia. Conocía los agujeros para entrar en los cercados, y habiendo robustecido sus brazos el uso de las muletas, trepaba por la pared á los depósitos de forrajes, y allí permanecía oculto á veces una semana, después de recoger en una correría suficientes provisiones.

Vivía como los animales montaraces; á nadie trataba ni tenía cariño á nadie; los campesinos le miraban con una especie de hostilidad resignada y con un desprecio amortiguado. Le apodaban *Campana*, por sus balanceos entre las muletas, como las campanas entre los dos pilares que las apoyan.

Pasó dos días en ayunas, porque nadie le dió nada, decidiéndose todos á librarse de su presencia.

Los campesinos, desde sus chozas, le gritaban:

—¡Quieres irte, sinvergüenza! ¡No vuelvas á pordiosear aquí!

Daba media vuelta y se iba de un salto á otra parte, donde le recibían de igual modo.

Las mujeres decían, asomándose á las puertas:

—No es posible mantener á ese granuja todo el año.

Y, sin embargo, el miserable necesitaba comer todos los días.



IV

HABÍA recorrido casi toda la comarca, sin recoger ni un céntimo, ni un mendrugo; esperaba conseguir algo en Tournolles; pero había dos leguas de camino por la carretera y estaba fatigado á más no poder, con la tripa tan vacía como el bolsillo.

Sin embargo, se puso en marcha.

Era en Diciembre; un viento frío corría por el campo, silbando en las ramas desnudas, y las nubes galopaban á través de un cielo sombrío, precipitándose hacia un lugar ignorado. El inválido avanzaba lentamente, con penoso esfuerzo. De vez en cuando sentábase á descansar algunos minutos en la cuneta. El hambre le hacía sufrir, entristeciendo su alma, confusa y abatida. Sólo tenía una idea: «comer»; pero no sabía por qué medio.

Durante más de tres horas padeció en aquel interminable camino; al fin, viendo los árboles del

pueblo, la esperanza le dió ánimo y aceleró sus movimientos.

El primer campesino á quien se dirigió, pidiéndole una limosna, le dijo:

—¿Ya estás aquí otra vez? ¿Nunca nos veremos libres de tí?

Y *Campana* se alejó. De puerta en puerta vióse rechazado; echábanle de todas partes y no le socorrían. Continuó, sin embargo, su expedición, paciente y obstinado. No consiguió ni un céntimo, ni un mendrugo.

Recorrió los cortijos, andando á través de las tierras húmedas, á tal extremo extenuado, que apenas podía levantar las muletas. Le despedían en todas partes.

Era un día frío y triste, uno de los días en que los corazones se cierran, las imaginaciones se irritan, las almas se obscurecen y las manos no se abren para socorrer.

Cuando hubo hecho su visita y recorrido todas las casas, fué á sentarse junto al corralón del señor Chiquet. Descolgóse de sus muletas y estuvo largo rato inmóvil, torturado por el hambre y demasiado embrutecido para comprender su horrible miseria.

Esperaba, sin saber qué; le sostenía la vaga esperanza, que no se pierde casi nunca. Esperaba, junto

al corralón, el socorro misterioso que se aguarda siempre del cielo ó de los hombres, sin pensar cómo, ni por qué, ni por dónde puede llegar.

Pasaron por delante del infeliz unas gallinas negras, buscando su alimento entre la tierra, que da vida á todos los seres.

A cada instante picaban un grano, un insecto invisible, y luego proseguían su rebusca lenta y minuciosa.

Campana las veía, sin pensar en nada; luego le surgió, más en el vientre que en el cerebro, una sensación revestida con apariencia de idea, revelándole que uno de aquellos animalitos resultaría muy apetitoso, asado en una lumbre de leña seca.

No sospechó que proyectaba un robo. Cogió una piedra y, arrojándola con acierto, mató una gallina. El animalito cayó, agitando las alas; huyeron las otras, balanceándose al correr, y *Campana*, encarámandose de nuevo en sus muletas, avanzó para cobrar su caza, con movimientos parecidos á los de las bestias que le huían.

Cuando se inclinaba para recoger el cuerpecillo negro, salpicado con sangre, recibió una embestida que le hizo soltar las muletas y caer de narices. Y el señor Chiquet, exasperado, golpeando, pateando el cuerpo del inválido, que no podía defenderse,

daba en él como lo hace un labriego al verse robado.

La gente del cortijo asomó á ver lo que ocurría, y todos ayudaron al dueño para moler al mendigo.

Cuando se hartaron de golpearle, resolvieron meterle en la leñera, mientras avisaban á la gendarmería.



V

CAMPANA, medio muerto, ensangrentado, estuvo allí toda la tarde, toda la noche, toda la mañana, sin que nadie le diera de comer. El hambre le devoraba.

Los gendarmes llegaron al medio día y abrieron la puerta con precaución, temiendo hallar alguna resistencia en el preso, pues el señor Chiquet sostuvo que fué atacado por el miserable, y que difícilmente se pudo defender.

El cabo gritó:

—¡Vaya! ¡De pie!

Pero á *Campana* le fué imposible moverse, por más que hizo para lograrlo. Los gendarmes creyeron que todo era fingido, una vil astucia de malhechor, y los dos hombres armados, maltratando al infeliz, lo pusieron sobre sus muletas.

El miedo le sobrecogió, ese miedo instintivo de los conejos hacia el cazador y de los ratones al gato,

y, haciendo esfuerzos más que humanos, consiguió sostenerse.

—¡Andando!—le dijo un gendarme—¡Andando!

Todos los criados y jornaleros del cortijo le vieron marchar. Las mujeres le amenazaban con el puño, los hombres le injuriaban; al fin le habían cogido; ya se verían libres de aquel importuno.

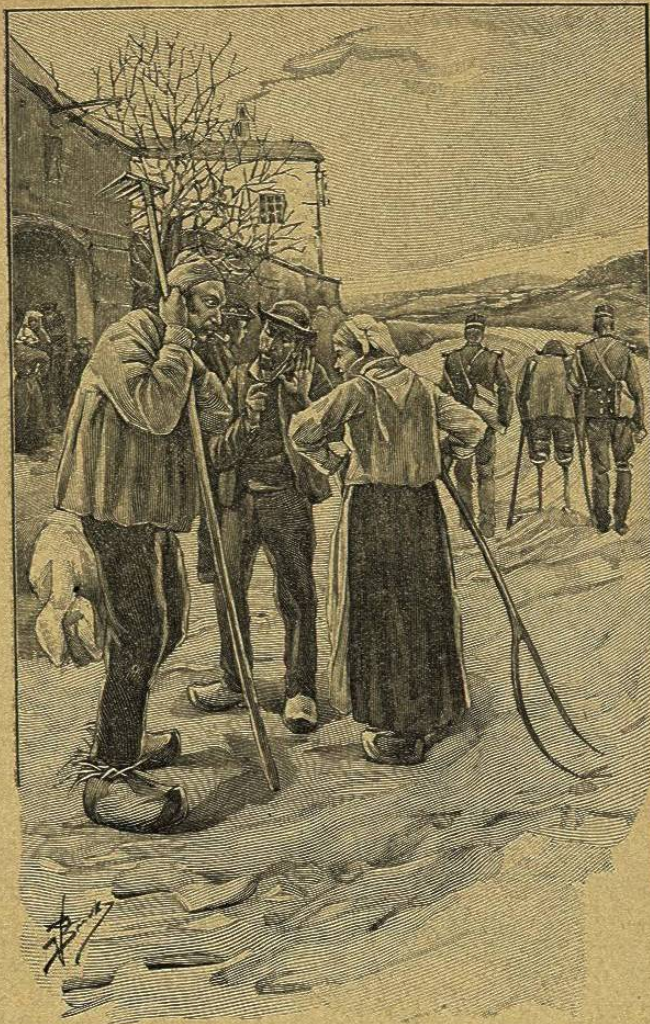
Y el pobre se alejó entre los dos gendarmes, hallando la energía desesperada, imprescindible, para seguir arrastrándose y sosteniéndose hasta la noche, sin darse cuenta de lo que le ocurría, de sobra espantado para comprender nada.

Las gentes que le hallaban, deteníanse para verle pasar, murmurando:

—¡Es algún ladrón!

A hora muy avanzada llegaron á la capital; nunca el miserable fué tan lejos. No comprendía lo que le pasaba, ni lo que podía pasarle. Todas aquellas cosas terribles, imprevistas, aquellos rostros desconocidos, aquellas casas nuevas para él; todo le consternaba.

No habló; nada se le ocurría, ignorante de todo. Además, después de tantos años de no hablar á nadie, casi había perdido el uso de la palabra, y sus pensamientos eran muy confusos para encontrar su expresión.



Le llevaron á la cárcel. A nadie se le ocurrió que podría tener hambre, y no le dieron de cenar.

Cuando al día siguiente fueron á buscarle para que sufriera el primer interrogatorio, le hallaron muerto.

¡Qué sorpresa!

